

MARÍA ANTONIA GARCÍA DE LEÓN, (2011), *Cabeza moderna / Corazón patriarcal (Un diagnóstico social de género)*, Barcelona, Editorial Anthropos,, 129 páginas.

Es un ensayo tanto en lo que tiene de reflexivo como de experimento retórico y literario, de búsqueda de forma a un mensaje. Tal vez pueda hablarse de un discurso en busca de un discurso. Incluso, recogiendo la segunda caracterización, es un conjunto de discursos en busca de un discurso. Corpus de discursos que, a su vez, se alimentan de referencias empíricas, en un hablar de lo que pasa y, sobre todo, de lo que empíricamente se observa. Es en este aspecto donde cabe la mirada metodológica, en la que me centraré más adelante.

Desde luego, no es un discurso nuevo en la autora, pues, como se dice en el texto son ya varios los decenios pasados por María Antonia García de León en la denuncia de los obstáculos de las mujeres en el acceso a las posiciones del poder o, lo que puede llegar a ser lo mismo, la sistémica y sistemática exclusión de las mujeres del poder, de los espacios de poder, siguiendo las metáforas espaciales que se utilizan en el libro. En especial, se ha centrado en los espacios de poder intelectual, donde se dice que impera la razón. Se ha venido cuestionando cosas como: si la mujer tiene la razón, como categoría social que exige la igualdad, y los créditos más que suficientes que, ya en casos concretos, legitimarían a sus componentes individuales para acceder a esos espacios de poder, por qué está ausente de los mismos. Es su clasificación como mujer, subrayando la idea de que el género es una clase social, lo que la desclasifica para tales espacios. Pero, siguiendo la escuela bourdiana a la que la autora es tan afín, toda clasificación es un ejercicio de dominación, del propio poder.

Es un libro que denomina esquizofrenia social a esa posición de lo que puede considerarse la aristocracia profesional-intelectual de género, al estar, como indica el título entre una cabeza moderna y un corazón patriarcal. Un título que interpreto como una inversión de ese brillante apunte del Anti-Edipo, de Deleuze y Guattari. Un libro que sedujo a unos cuantos de mi generación bajo el impulso de Luis Martín Santos. Un libro que también diagnosticaba nuestro momento histórico de esquizofrénico. Pero, ha habido un cambio de esquizofrenia: de la del Cuerpo Sin Órganos del Anti-Edipo pasamos a los Órganos Sin Cuerpo de Cabeza moderna y corazón patriarcal. Título que, así tomado, parece indicar la ausencia de unidad y, a la vez, una propuesta de consistencia en la modernidad.

Órganos que están en un mapa, en una cartografía, como le gusta decir a la autora. Tal vez un eje poco explicado, el que enfrenta lo patriarcal a lo moderno, pues, en principio, chirría la ausencia de vinculación entre no patriarcal y modernidad, algo que es admisible sólo como horizonte, como gran discursos. La modernidad como el nido de los grandes discursos (Lyotard) y el feminismo como el gran discurso central de la modernidad tardía, que sigue siendo modernidad porque tiene grandes discursos. Un gran discurso que, como se apunta en el propio texto (página 22), tiene agujeros regresivos, caídas en la comodidad de no actuar. En la actualidad, no hay ningún discurso tan legitimado y que, a su vez, legitima más como el discurso feminista. Cualquier otro discurso, cuenta hoy con grandes agujeros de legitimidad. Ni siquiera

el discurso del liberalismo, de los mercados, ya la tiene.

Quedo en esta idea del feminismo como el gran discurso actual, como la gran narración contemporánea, para intentar conectarlo con un tipo de narración muy querido para la autora, tanto en esta obra como en otras. Es la narración biográfica. Pero he aquí que mientras aparece el feminismo como discurso que mantiene el hálito de la modernidad, la autora coquetea con la idea de la mujer como ser postmoderno.

La narración biográfica es una búsqueda de sentido, de unidad, a una vida. Es cierto que, como toda narración —por ficticia que ésta sea— se vincula con las condiciones materiales. Y si las condiciones materiales son distintas para las distintas categorías sociales son distintos los esfuerzos para construir esa unidad. Por eso, las biografías de hombres y mujeres son distintas. Pero, más allá de esto, hay que resaltar lo que creo que es el núcleo de esta obra, como es la relación entre gran discurso, poder y discurso biográfico.

Lo que impide el discurso biográfico, alimenta, como consecuencia no querida, el gran discurso del feminismo. Y, viceversa, el gran discurso de la transformación y contra el poder se convierte en la legitimación para la producción de discursos biográficos. La biografía de mujeres como una propuesta, tanto metodológica, como político. Se establece una especie de círculo virtuoso entre ambos tipos de discurso, el biográfico y el sociohistórico, como la que ya apuntaron Thompson, Ferraroti o el recientemente fallecido Fraser.

El conjunto del texto puede entenderse como una biografía. Se confiesa en la presentación como un paso biográfico más en un trabajo de varios años. Por ello, las frecuentes autocitaciones. Participante de las élites profesionales femininas habla de las élites profesionales femininas; pero, también de su propia

trayectoria en el capítulo «Memorias intelectuales de género». A través de la biografía, personal, se construye la memoria colectiva y, por lo tanto, la historia. Se hace y se está en la historia.

Desde una perspectiva micro, el relato histórico es empático, produce empatía, complicidad, como ocurre en casi toda entrevista. Parece que se roban vidas a través de las transcripciones o, como en una narración de Ray Loriga, se da la vida en la narración biográfica, cuando Tokio ya no nos quiere. Hay un placer en la observación biográfica. Tal vez sea malsano.

Desde el punto de vista metodológico, hay que resaltar cómo las biografías de mujeres se convierten en un nosotros: se producen para el nosotros, se reciben desde el nosotros. La situación sociológica de observación biográfica convierte un aparente discurso individual, poco o nada compartido en su desarrollo ya que la vida es de cada cuál, en una empatía colectiva. Queda la tarea metodológica de preguntarse por el proceso que ineludiblemente lleva a este resultado, del yo a un nosotros/nosotras, desde la propia situación de complicidad de la confesión biográfica, a su extensión en la interpretación, de manera que sujetos atípicos se convierten en arquetípicos, mujeres extraordinarias (Pardo Bazán, Carmen Laforet, Clarice Lispector o Antonieta Rivas, entre las presentes en el libro) se convierten en muestra de la generalidad. Desde el punto de vista de la estrategia de investigación de la autora, la elección de estas mujeres es pertinente, pues preguntándose por qué lloran las mujeres que están en la élite se observa el sufrimiento de género y un género específico de sufrimiento.

Tras la introducción y las manifestaciones de principios, el capítulo dos entra en materia. Cabeza y corazón se convierten en ideología y práctica, en lo que se dice y lo que se hace. Es la partición matriz, la primera esquizofrenia, que, a su

vez, se convierte en la fuente de otras, de otras luchas, en otros niveles. Así, chocamos cada día con notables contradicciones, como, por ejemplo, el anuncio de la muerte de la figura del ama de casa (página 38), pues parece que ya nadie quiere ser ama de casa, pero las tareas del hogar lo siguen haciendo las mismas. Eso sí, bajo otro nombre, como el de conciliadoras.

Así, el texto se nutre de zombies, ahora que están tan de moda. El patriarcado, el ama de casa, la opresión de la virginidad, las chicas bien, las hijas de Bernarda Alba, la familia tradicional... han muerto... y no han muerto. Son zombies que se reencarnan en nuevas figuras: neomachismo, puede-con-todo en doble-jornada, tristes material-girl, élites discriminadas y silenciadas, familias-con-abuela-para-cuidar-de-todos.

En el de la producción de los grandes discursos: la pugna entre el discurso igualitarista del feminismo y los discursos desigualitaristas de la publicidad, principal mina de discursividad en la actualidad. Es en la publicidad donde viven más cómodamente los zombies sociales. Pero no sólo hay conflictos. También hay alianzas, como la establecida entre mujeres — parece que sanchas por posición estructural— y sanchopancistas — parece que por elección.

El tercer bloque del libro es una colección de reseñas. Tal vez una gran reseña sobre reseñas de libros. Bloque inclinado a repeticiones de lo dicho en otras partes de la obra, como los síndromes de «Doris Day» o «abeja reina». Vuelta reflexiva que llega a una reseña de un libro de quien hace el prólogo de éste: Celia Amorós. De hecho, hay bastante de bucle grupal en el libro.

El último apartado, apertura hacia la relación entre género y edad, es de lo más oportuno. Ahora que ya empezamos a tener edad la generación del baby boom y que ellas nos sobrevivirán en proporción inapelable, no sólo es interesante pensar

en la relación entre género y edad. Es necesario observar el significado de ser mujer, fuera de los estereotipos más extendidos en la publicidad. Especialmente en un momento en que buena parte de las consecuencias de la precariedad y la incertidumbre en el trabajo o las relaciones afectivas de la gran transformación-regresión que se está produciendo, siguiendo a Robert Castel, se cargan sobre las mismas mujeres, en este caso en forma de abuelas.

Hay que reconocer que Cabeza moderna/Corazón patriarcal deja un tanto confuso al metodólogo de las ciencias sociales. Sólo su pertenencia al género del ensayo permite perdonar la ausencia de referencias a los procedimientos de diseño, selección o realización de entrevistas o, ya en su apartado final, de designación de un mínimo corpus de tres películas. Bien es cierto, que buena parte de los trabajos en el que se dieron esas aproximaciones empíricas ya ha sido publicada. Pero al lector de esta obra le quedan preguntas sin resolver: ¿por qué estas tres películas y no otras? Aparecen entonces conceptos como los de dato estrella y arquetipo: datos estrella que concretan arquetipos. Una forma de entender la investigación empírica; pero: ¿qué grado de representatividad tienen y, por lo tanto, cuál es su potencialidad en la construcción del espacio público, hablando de las películas? Pero son preguntas, seguramente impertinentes, de impenitente cultivador de la metodología.

Finalmente señalar la implícita consideración de que la única clase real es la de género, salpicada de críticas al marxismo, que van más allá de su concepción como anteojera dominante durante los años de formación profesional de la autora. Sin embargo, buena parte de sus elites profesionales femeninas apenas podrían explicarse sin un desarrollo histórico-económico que constituye el contexto para la expansión de una clase media en la que

arraigan los deseos de movilidad social y profesionalidad o, con mayor precisión, la movilidad a través de la profesionalización. Es cierto que la capacidad para esta movilidad —dejando a un lado la vía vicaria de la misma— es menor y más tardía para las mujeres, hasta que la estructura económica y productiva permite una mayor extensión de esa clase media y que, primero unas pocas y después muchas mujeres fueran sujetos con nombre propio en los dispositivos de selección, como son los estudios universitarios. Parafraseando al Marx del 18 Brumario de Luis Bonaparte: las mujeres hacen su propia historia, pero no la hacen a su propio arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellas mismas. Texto, el de Marx, que también decía, en su primer capítulo, apenas el segundo párrafo: la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Está bien el reconocimiento de las pioneras; pero las mujeres de hoy tal vez estén en otra historia, en otras historias. Por ello, es pertinente que

el libro termine apuntando agendas para el futuro.

Es un libro hecho de la forma del objeto, de lo que se observa, en consciente asunción del principio de Heisenberg, conformándose un discurso fragmentario sobre los discursos fragmentarios de las mujeres. Metadiscurso fragmentario —y no digo esquizofrénico— sobre discursos fragmentarios. Tal vez una fragmentación, una ausencia de unidad, que es la energía de la autora para seguir escribiendo sobre el mismo objeto, para seguir escudriñando, recogiendo aquí y allá. Es una de las ventajas de la fragmentación tomada como un puzzle, cuando se busca la unidad. Pero, ésta es solo mi lectura de un libro que admite varias lecturas —desde la unidad— y múltiples microlecturas, a través de los continuos flash, esquemas, addendas, apuntes, codas o pinceladas impresionistas, ... desde la fragmentación.

Javier Callejo (UNED)

